

No hay en castellano ninguna palabra que exprese exactamente lo que los franceses llaman la «rentrée». No tiene sólo el sentido de la vuelta a casa o a la ciudad donde uno vive después de un viaje o unas vacaciones, sino también el de la reanudación de las actividades normales tras el período de descanso. Los que han podido salir de vacaciones —su número en España es sensiblemente inferior al de las demás naciones de Europa— han vuelto ya, dispuestos a atacar el nuevo año. Empiezan los colegios, el fútbol y las quinielas, las polémicas periodísticas, los discursos políticos, las sesiones de Cortes. Ya estamos todos. Comienza, como suele decirse, el baile. Después del veraneo, un período un poco tonto, aunque necesario para el descanso de los pluriempleados ciudadanos, la «rentrée» nos hace recuperar el hilo de la «normalidad» nacional. Al regreso de la evasión encontramos otra vez el paisaje habitual, aterrador unas veces, pintoresco otras, de nuestra realidad. No es que eso que hemos dado en llamar normalidad haya dejado por un momento de funcionar. No descansa ni se toma vacaciones. Es la ofuscación del verano lo que puede hacer olvidarlo. Volver y reconocerlo es todo uno. Basta un minuto para recordar, otra vez, el país en que vivimos. La política emprendida por el Gobierno para detener el alza de precios ha traído consigo en estos meses un aumento que las estimaciones más optimistas calculan en un 7,5 por 100. Han subido los colegios, cosa nada rara si se tiene en cuenta que lo previsto es la enseñanza gratuita. Con las tradicionales lluvias de fin de verano se han producido las tradicionales inundaciones en Cataluña. El Llobregat y el Besòs, dos ríos que, como decía el año pasado «La Vanguardia», no son al fin y al cabo ni el Yang-tsé ni el Ganges, no faltan ningún año a su cita. Hay que reconocer que, en esto, son bien educados. Vienen advirtiéndolo desde siempre sus posibilidades de hacer daño. Esta vez «no ha habido que lamentar desgracias personales», pero muchos barrios de Barcelona y de ciudades como Sabadell, Hospitalet, Martorell, Santa Coloma, Granollers, Badalona y Masnou, entre otras, han sufrido las inundaciones.

A propósito de inundaciones, Madrid también las ha sufrido. Numerosos barrios de la capital, entre ellos algunos de endebles



LA «RENTRÉE»

chabolas, que dan inundados por las lluvias del otro día. No sé si don Antonio Izquierdo, columnista del «Arriba» y defensor oficioso del Ayuntamiento madrileño, se va a ofender y va a decir que es insidioso recordar esto, pero lo cierto es que se inundó incluso el pasco de la Castellana. En la calzada, al parecer, más transitada de España, había el otro día un palmo de agua empantañada. ¿Puede alguien comprender que no tenga desagües adecuados la avenida que ha venido siendo la niña mimada del urbanismo madrileño? ¿Cómo habrá sido la cosa en el Pozo del Tío Raimundo?

El automovilista de la «rentrée» se encontrará también otra vez con la implacable y maleducada grúa municipal y con una subida respetable del precio de los aparcamientos. En verano no se ha dejado ver mucho la grúa. Había holgura en los estacionamientos callejeros. Lo que sí se veía, aunque pareciera mentira, era a los guardias poniendo multas en lugares donde sobra el sitio. Un amigo mío encontró un día al guardia poniéndole una multa porque había pasado media hora más de lo establecido en un estacionamiento de la zona azul. Dice que en el aparcamiento había muy pocos coches. Intentó hacer ver a la autoridad que era innecesario cambiar el coche de lugar, puesto que nadie necesitaba ocupar el suyo, pero el guardia le dijo: «A mí no me diga usted nada. Son cosas del alcalde». De lo que verdaderamente se trata no es en el fondo de solucionar el problema de la circulación, sino de aplicar el rigor de la letra de la ley para sostener el principio de autoridad. A mí, no hace mucho, me enviaron un papelito de multa por alguna infracción cometida en la carretera. Miré cuál era mi delito y resultó ser: «por

circular con el alumbrado de cruce, elevándose el haz luminoso sobre el nivel del eje, produciendo deslumbramiento». Recibí el papelito una semana después de mi infracción y, como aquella noche no me di cuenta de que llevaba mal el proyector, fui molestando sin querer a los que venían en dirección contraria. Pienso que habría sido mejor que me indicaran en el momento lo que pasaba, a fin de evitar el peligro que el deslumbramiento producía. Dudo mucho que sea con multas que pueda ponerse coto al trágico «record» de accidentes que hemos batido este verano. No cabe duda que parte de los accidentes se deben a imprudencias de los automovilistas. Pero, ¿y cuando uno va tranquilamente circulando y hay de pronto en la carretera un tremendo y no señalizado bache? España es, evidentemente, el país de los contrastes. Es un lugar donde una carretera de primer orden puede enlazar directamente y sin solución de continuidad con algo parecido a un camino vecinal. La otra noche, en un viaje entre Barcelona y Madrid encontré, a la entrada de Zaragoza, un excelente tramo de autopista, que no era de peaje, con magnífico firme y lujosos carteles y señales anunciadoras. Circulaba yo encantado cuando de pronto, apenas cruzar el puente sobre el Ebro, entré en el infernal tramo que va a lo largo del río, ya dentro de la ciudad. Parece una calle de la época de la guerra la que me tocó recorrer después de la elegante autopista.

Y ya que hablamos de autopistas, ¿cuál es la razón de que en España, país de mano de obra más barata que la media europea, las autopistas sean para los automovilistas casi el doble de caras que las francesas o las italianas, sin hablar ya de las alemanas o las suizas, que son gratuitas? Este es un misterio difícil de entender. El caso más flagrante del negocio de las autopistas es el de la que, a través de los nuevos túneles, atraviesa la sierra madrileña entre Guadarrama y San Rafael, en la carretera Madrid-Coruña. El túnel antiguo, para un turismo que no quería subir al Alto de los Leones, valía 35 pesetas. El túnel nuevo vale ochenta, y al automovilista no le queda otro remedio que tomarlo, a no ser que quiera pasar el puerto. El tramo de autopista construida no lo justifica, porque sale a muy pocos kilómetros de San Rafael. ¿Por qué entonces este aumento? Arcanos nacionales. ■ LUIS CARANDELL.

más de una vez, le llevó al borde del abismo en su carrera como actor.

Ahora Brando reencontró la ruta. «Ya no hay necesidad de hablar trágicamente de su carrera cinematográfica», escribe Paul D. Zimmerman en las páginas de la revista «Newsweek». Para el crítico norteamericano, su actuación en «El padrino» (lo que promete ser el equivalente de «Lo que el viento se llevó» en las películas de pandilleros) regenera su carrera filílica.

La historia de los films de pandilleros del cine norteamericano parte de «Las noches de Chicago», de Josef von Sternberg, que por primera vez incluyó un gangster en la pantalla, un tipo salido directamente de la realidad americana. Luego se extiende a lo largo de una interminable relación de títulos que hacen del gangster un ser violento, marginado, pero triunfante, justificadamente situado en una posición de desafío frente a un mundo lleno de contradicciones. Y culmina ahora, con esta producción de dos millones y medio de dólares, dirigida por Francis Ford Coppola, un director de treinta y un años.

El Vito Corleone de Marlon Brando, «una figura misteriosa e compleja, nello stesso tempo padre e assassino», fue configurado pensando en el actor. Así lo declaró Mario Puzo, autor del libro original (que ya alcanza los once millones de ejemplares vendidos en el mundo) en que se basa el film.

El mafioso Corleone es una extraña mezcla de fuerza y don de mando, tristeza y fracaso. Marlon Brando administra estos cuatro factores con la sencillez y la habilidad que su experiencia, su intuición y su genio le permiten. En eso coincide toda la crítica especializada.

Aprovecha además un tema que ejerce, sobre el espectador contemporáneo, una especie de hechizo. «El mafioso es como el viejo «cow-boy» —dice el «Time»—. Se puede no compartir lo que él hace, pero su historia es fascinante». Esa fascinación es la que «El padrino» ha redescubierto para el ángulo comercial del mundo capitalista.

«Explotando esa brecha se están reimprimiendo libros como la novela de Jimmy Braslin («The Gang That Couldn't Shoot Straight»), una parodia del «gang» del hermano Gallo —ha revelado la revista italiana «Panorama»—, y circulan en ediciones populares «La madrina» y «Los papeles de Valachi», es decir, las Memorias de José Valachi, uno de los personajes más conocidos de la Cosa Nostra, que, junto a «América también es italiana», se ha convertido en uno de los libros más solicitados de los últimos tiempos».

El éxito de Brando es, a la vez, el nuevo éxito de una temática no agotada aún. Con su intervención